

# EL HERALDO DEL ISTMO

## — REVISTA ILUSTRADA —

Director: GUILLERMO ANDREVE.

“Bien faire et laisser dire.”

### AMELIA DENIS DE ICAZA



PROCEDENTE de Nicaragua está entre nosotros Amelia Denis de Icaza desde hace algunos días, y grato nos ha sido presentarle nuestros respetos á tan distinguida y sentimental poetisa.

Su estadía entre nosotros será por ahora corta. Arreglados los asuntos de familia que ocasionaron su venida, regresará de nuevo á la tierra de Darío y Arguello, en donde hace ya mucho tiempo que está radicada. Piensa ella sin embargo que muy en breve vendrá con todos los suyos á fijarse definitivamente en su ciudad natal á la que profesa cariño entrañable y sin segundo.

Amelia Denis de Icaza, compañera literaria de Feuillet, es la única mujer panameña que ha pulsado la lira de manera inspirada, y una de nuestras escasas glorias nacionales, poco apreciada entre nosotros cabalmente á causa de su superioridad indiscutible.

El amor á la tierra ha hecho vibrar de nuevo su lira como en mejores días, y ha brotado de ella esa hermosa poesía, “Al Cerro Ancón”, que en esta misma página aparece.

Los años, que han gastado el cuerpo de la mujer inteligente y delicada, no han podido apagar la chispa poética que dentro de él mora. Al contrario, parece que cada día alumbrara más y más y prestara vigor incabable á la respetada y distinguida anciana.

EL HERALDO DEL ISTMO siente verdadero placer en saludar á la alondra istmeña, como la apellidó un genial poeta colombiano, y en desearle grata permanencia en su tierra natal.

## Al Cerro Ancón

Por Amelia Denis de Icaza

*Ya no guardas las huellas de mis pasos,  
ya no eres mío, idolatrado Ancón.  
Que ya el Destino desató los lazos  
que en tu falda formó mi corazón.*

*Cual centinela solitario y triste  
un árbol en tu cima conocí:  
allí grabé mi nombre, qué lo hiciste?  
¿por qué no eres el mismo para mí?*

*¿Qué has hecho de tu espléndida belleza,  
de tu hermosura agreste que admiré?  
del manto que con regia gentileza  
en tus faldas de libre contemplé?*

*¿Qué se hizo tu Chorrillo? ¿su corciento  
al pisarla un extraño se secó?  
tu cristalina, bienhechora fuente  
en el abismo del no sér se hundió.*

*Qué has hecho de tus árboles y flores  
mudo atalaya del tranquilo mar?  
.....  
mis suspiros, mis ansias, mis dolores,  
te llevarán las brisas al pasar!*

*Tras tu cima ocultábase el lucero  
que mi frente de niña iluminó:  
la lira que he pulsado, tú el primero  
á mis vírgenes manos la entregó.*



*Tus pájaros me dieron sus canciones,  
con sus notas dulcísimas canté,  
y mis sueños de amor, mis ilusiones,  
á tu brisa y tus árboles confié*

*Más tarde, con mi lira endulcecida,  
en mis pesares siempre te llamé;  
buscaba en tí la fuente bendecida  
que en mis años primeros encontré*

*Cuántos años de incógnitos pesares,  
mi espíritu buscaba más allá  
á mi hermosa sultana de dos mares,  
la reina de dos mundos, Panamá!*

*Soñaba yo con mi regreso un día,  
de rodillas mi tierra saludar;  
contarte mi nostalgia, mi agonía,  
y á su sombra tranquila descansar.*

*Sé que no eres el mismo: quiero verte  
y de lejos tu cima contemplar;  
me queda el corazón para quererte  
ya que no puedo junto á tí llorar.*

*Centinela avanzado, por tu duelo  
lleva mi lira un lazo de crespón;  
tu ángel custodio remontóse al cielo  
yá no eres mío, idolatrado Ancón!*

# El Dios Meneandro

[EN UN ALBUM]



CORRÍA el Meneandro, como el Conaca nuestro—de cristalinas aguas—en un lecho de menuda y blanca arena, á trechos dilatado en playas hasta las barrancas de piedra, en cuyas cimas tapizadas de grama verdeaban, como cobertores de esmeraldas, altos higos y espavés frondosos.

Eran sus aguas espejo de la Naturaleza entera que amaba mirarse eternamente en ellas retratada; encantadoras linfas que bajaban, allí por donde el cauce abría su seno, silenciosas, sin hacer el mas leve murmurio que despertar pudiese á los Faunos de su larga, perezosa siesta, y á muchas vírgenes de la selva, trasnochadas como ellos; y como ellos, dormidas á la sombra en las laderas.

Colgaban á uno y á otro lado de las robustas ramas de los higos,—á los que daban vestuarios, parras y enredaderas diversas,—numerosas campanillas blancas que parecían adornos de novia, azahares colocados sobre la verde cabelleña. Y abajo, en las barrancas, sobre el mismo suelo, sostenidas por flexibles tallos que inclinaba el viento, vistosas flores de color de sangre que hacían risueña á la Naturaleza y tentadora con el recuerdo de labios rojos, entreabiertos, y de mejillas de rosa.

Embelllecían, en fin, las laderas algunas grutas que servían de recogimiento á las aguas, especialmente una de pura piedra, espaciosa, que parecía una ermita pagana en cuya entrada no se distinguían los signos de la penitencia, sino en forma de cortinajes, pámpanos y tupidas madre selvas.

Tan escogidos sitios no podían ser sino morada, residencia favorita de un Dios; y, en efecto, lo eran del mismo Dios Meneandro cuya presencia revelaban el grito y el batir de alas de aves al cruzar el cielo, una fragancia y olor de bálsamo como de mujer *toguda* que atraviesa, y ciertos susurros misteriosos como de multitud que se abre paso ó como lejanas voces de un concierto.

Era esta la época, como puede comprenderse, en que los dioses andaban por la tierra, enseñando unos al hombre la agricultura, la industria, el comercio, las bellas artes, la urbanidad y la guerra; otros, á la mujer á tejer, á hilar, á zurcir, á hacer medias, á bailar cuadrillas y danzas y á cantar dulces endechas, obras del divino Apolo.

Meneandro.—no lo ocultaremos,—era ciertamente poco fuerte y entendido en tales materias; empero gozaba de reputación de honorable y de una vida á las intrigas agena. Por ello en la misión divina tenía un cargo de confianza que sólo se da á los buenos, el de cobrar en la Comarca las primicias de la juventud, consistentes en las primeras blancas rosas de la inocencia y en las gracias entreabiertas, como botones rojos, de la hermosura.

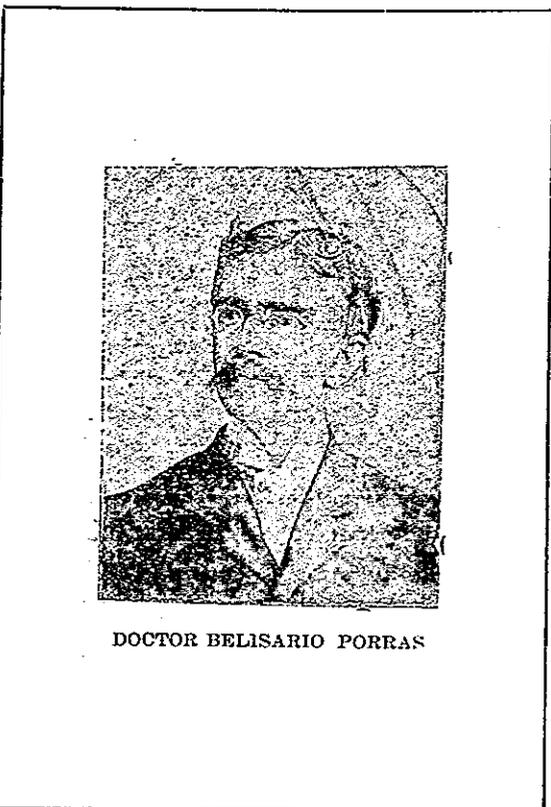
Tenía esto por objeto conservar en granero sagrado, para evitar fuesen agotados por los hombres, cuya codicia es conocida, tales frutos que son la delicia de la vida entera, y que brotan con la juventud lozana para ser reproducidos por la mano de las Divinidades que presiden, ocultas, los misterios de la vida.....

No eran gravosas, debemos decirlo, las primicias de aquel tiempo, como lo han sido despues, en épocas subsiguientes y á la fecha. Cuéntan que ahora muchos años ciertas ciudades estuvieron sujetas al horrible tributo de abandonar anualmente á orillas de un camino á dragones ó serpientes de cien cabezas ó á feroces gigantes, una doncella por lo menos y no cualquiera sino la más bella de la cosecha de vírgenes, con el objeto de aplacar su sed de sangre..... Y esto sí era repugnante é insufrible, y excitaba la ira de esforzados héroes

que en vano sacrificaron la vida por librar á los suyos,—hermanas, prometidas ó hijas—de semejante bárbaro gravamen.

En cambio, con todo y ser llevadero este otro pago de primicias, estaba lleno de misterios como corresponde á asuntos divinos.

La víspera de las bodas, en efecto, conducían doncellas de su intimidad á la desposada, vestida de vaporosa tela blanca, á orillas del celebrado río, con músicas y en medio de danzas caprichosas que revelaban el mas vivo contento. Y una vez llegadas, la despojaban de sus ricas vestiduras, con lo cual, temblando como tímida gacela, libre de prisión el pie, sobre la menuda y blanca arena, se iba yendo á la orilla para echarse en las ondas que al fin le abrían su seno, con amoroso anhelo, y la llevaban agitadas por el sacudimiento á la ribera opuesta, al borde de la gruta de granito que parecía una ermita pagana en cuya entrada no se distinguían los signos de la penitencia sino en forma de cortinajes que le daban sombra, pámpanos y tupidas madre selvas.



DOCTOR BELISARIO PORRAS

Allí permanecía, presa del fervor pagano de aquel tiempo, largos instantes pidiendo al Dios no hiciera estéril su enlace y si le diera fecundidad y aliento, amor mucho que viviera con su vida y que á su amante lo apartara de políticas y guerras..... Y el Dios no estaba lejos,—la escuchaba,—que, en efecto, revelaban su presencia el grito y el batir de alas de aves al cruzar el cielo, una fragancia y un olor de bálsamo como de mujer *toguda* que atraviesa, y ciertos susurros misteriosos como de invisible multitud que se abre paso ó como lejanas voces de un concierto.....

Un día se celebraban las bodas de la bella Creóntidas y por supuesto, el día anterior había cumplido esta con los ritos paganos sobre las aguas purificadoras del Meneandro y en la gruta de los sagrados votos. La procesión seguía las calles de la ciudad natal de Creóntidas, compuesta de convidados de las mas altas clases y de una multitud de curiosos que no cabían ya y que obligaban al cortejo á detenerse y á esperar el desfile de los que marchaban adelante. Iba la beldad abstraída y silenciosa, andando el pensamiento con pies de genio alado por regiones de memorias ó de esperanzas (que no pudo saberse á punto fijo), regiones que ilu-

minan, como rayos de crepúsculos, deseos vagos de dicha.....

En un momento, sin embargo, se sintió como llamada, atraída, y alzó los grandes y rasgados ojos..... De pié estaba, en ese instante mirándola fijamente, sobre las gradas de un templo, un robusto jóven de treinta años, de tendidos músculos y de esbeltas formas que no podía ser de un mortal. No lo eran, porque Creóntidas bella reconoció al instante,—y no pudo equivocarse.—reconoció al instante, al mismo Dios Meneandro, el de los propicios enlaces, al Dios de cuya frente colgaban aún las flores rojas de la barranca y los pámpanos de la gruta.....

Y verlo y que la viera fué un puro sueño, y su presencia una sombra no más de sus recuerdos. La procesión siguió á la casa del banquete en donde corrió el chipre en cinceladas copas de oro, y en donde todas fueron dichas, votos y contento. Sólo á Creóntidas bella se la vió abstraída, silenciosa, andando el pensamiento con pies de genio alado por regiones de memorias ó de esperanzas (que no pudo saberse á punto fijo), regiones que iluminan, como rayos de crepúsculo, vagos deseos de dicha.....

B. PORRAS.

Panamá, Mayo 24 de 1894.

## Varuni

PARA VARGAS VILA.

Niño era, y me hice atleta  
Al bautismo de fuego de aquel beso.

¡Jamás simiente de hombre fué vencida  
Por una onda tan fuerte de la vida!  
El grito de la Especie que despierta—  
Ese tremendo, ineluctable grito  
Que imprime á la materia informe y yerta  
Un algo de inmortal y de infinito—  
Habló en *Ella* á mi raza... Yo era ardiente:  
*Ella*, impoluta y núbil: fui obediente,  
Y brutal como un dios y prepotente.

Y del divino incendio al fin, ileso,  
Pude salvar mi raza en aquel beso.

ABRAHAM Z. LOPEZ—PENHA.

## Cromo

En el recogimiento campesino,  
que viola el sollozar de las campanas,  
giran, como sin ganas,  
las enormes antenas de un molino.

Amanece.— Por el confin cetrino  
atisba el sol de invierno. Se oye un trino  
que semeja peinar ternuras canas,  
y se escucha el dialecto de las ranas...

La campiña, de un topacio aceituna,  
tiene hipocondria, una  
dulce hipocondria que parece mía.

Y el viejo Osiris sobre el lienzo plomo  
saca el paisaje lentamente, como  
quien va sacando una calcomanía.....

LUIS C. LOPEZ.

## Como si fuera una "musmé"



Adorable ciertamente está, con su hermoso Kimono japonés, el simpático bebé Octavio Manuel de Icaza, hijo de nuestro excelente amigo don Octavio de Icaza.

El chíquillo en su traje exótico, graciosamente arreglado por manos sabias y cariñosas, parece una preciosa "musmé" de la tierra del loto, y con tan hábil artificio saben ocultar su peinado pomposo y su vestidura policroma la raza y el sexo, que el disfraz resulta digno de encomio y de admiración.

Que el recuerdo de esta transformación momentánea de su niñez despierte en Octavio Manuel, á su tiempo, las aficiones artísticas y el amor á lo bello y á lo raro de que guarda mucho la tierra de las "geishas" y los "daimios", aunque sería de desear que no encontrara nunca ni raro ni bello el cruel "Harakiri" á que tan aficionados son los hombrecitos de porcelana.

## Istmo de Panamá

Miscelánea de acontecimientos no políticos.

### CAPÍTULO DE UN LIBRO INÉDITO

1857-1856

SUMARIO:—Apertura de los puertos hispano-americanos al comercio del mundo.—Crisis comercial de 1825.—Sus causas.—Reacción que vino después.—Establécese la navegación por vapor en el Istmo.—Mejoras que se hacen de Chagres á Panamá con motivo de esto.—Filosofía del progreso.—Tendencias del espíritu humano.—Descubrimiento de minas de oro en California.—Su influencia en el Istmo y especialmente en Panamá.—Establecimiento de la primera línea americana de vapores.—Sus fundadores.—Aparición de los primeros periódicos redactados en lengua inglesa.—Emigrantes transeuntes.—Su clasificación.—Bienes y males que trajeron los emigrantes americanos.—El cólera morbus.—Decreto del Gobernador Díaz contra el mango.—Ferrocarriil de Panamá.—Los tres primitivos Directores de la Empresa.—Vicisitudes que pasó ésta.—Quiénes la salvaron de la catástrofe.—Fundación de Colón.—Nombres que tuvo y nombre que le quedó.

I



ECIEN independizadas las antiguas colonias hispanoamericanas establecióse normalmente entre éstas y Europa un tráfico continuo, libre de las antiguas trabas que había impuesto la madre patria durante la poca de su dominación: por consiguiente, era racional esperar que ese tráfico le diera al Istmo poderoso impulso, ó bien algo de aliento á su decaído comercio y á su rudimentaria industria; más tan halagüeñas esperanzas se frustraron entonces, debido ello á consecuencias lógicas. En efecto, cuando las nuevas nacionalidades de la América Española abrieron sus puertos al comercio universal, ignorábanse casi en absoluto las necesidades comerciales de ellas, pues no se había calculado

lo que podrían consumir y, por tanto, lo que podrían comprar.

Partiendo, pues, de esta base deleznable se hicieron de la América Central, de la Meridional y de México muchos pedidos, en especialidad á Inglaterra, Francia, Países Bajos y Alemania; las remesas iban llegando, unas en pos de otras, á sus respectivos destinos; pero fue tan grande la plétora de mercaderías, que el mercado quedó excesivamente abastecido; no habiendo más recurso para salir de ellas que venderlas á precios menores que el de costo; de aquí las pérdidas enormes que determinaron una gran crisis comercial en 1825; la cual arrojó á muchas personas que habían entrado en estas especulaciones, hizo quebrar á innumerables casas de comercio, afectó notablemente á otras y produjo un trastorno en el mundo mercantil; de tal modo, que paralizó la acción benéfica de todos aquellos hombres emprendedores que intentaban invertir sus capitales en negocios relacionados con los nuevos pueblos surgidos á la vida independiente en el mundo de Colón.

Y tales resultados negativos se producirán cuantas veces haya precipitación en introducir productos extranjeros á un país ó al establecer nuevas industrias en él, sin tener para nada en cuenta el estado general de éste, sus recursos y sus necesidades.

Afortunadamente el pánico determinado por las circunstancias arriba apuntadas fue transitorio; pronto vino la reacción; además, las modas y costumbres francesas é inglesas lograron infiltrarse en las nuevas sociedades hispanoamericanas; mercaderías que antes de la independencia no pedían comprarlas sino las clases pudientes, después, con la emancipación y no existiendo ya el odioso monopolio de los comerciantes de Cádiz á quienes el Gobierno español apoyaba, vendíanse á precios relativa-

mente baratos; los cuales, por lo general, estaban al alcance de todas las fortunas. Ahora bien: como la humanidad en la mayoría de los casos no abandona el néctar de los placeres cuando llega á probarlo, sucedió que los nuevos hábitos adquiridos determinaron á su turno gastos indispensables; por consiguiente, volvieron á hacerse pedidos á Europa; y la demanda continuó, mas ya con circunspección, pues no era para menos la dolorosa y tremenda experiencia pasada.

Coincidió con esto la llegada á Centro y Sur América de agentes viajeros, enviados especialmente por casas mercantiles, de Inglaterra para estudiar las necesidades más imperiosas de los países latinoamericanos, sus vías de comunicación, lo que podría explotarse con probabilidades de éxito, el salario del obrero, los medios de transporte, los lugares insalubres, la mercancía más fácil de venderse, la más difícil de realizarse; en suma, vinieron hombres prácticos que condensaron todas sus fuerzas y dedicaron todas sus energías al exclusivo fin de adquirir dinero para sí y para las casas comerciales á las cuales representaban. Entre tanto las fuentes naturales de los nuevos Estados comenzaron á desarrollarse; recibieron después nuevo impulso con el capital extranjero que sucesivamente llegó; y para coronar la obra, los gobiernos europeos fueron apresurándose á celebrar tratados de paz y amistad con las nuevas repúblicas, á fin de estrechar más y más las relaciones comerciales.

Inglaterra supo aprovechar el resentimiento que existía en toda la América contra las naciones que habían formado la Santa Alianza, pues el comercio y los súbditos británicos fueron los más favorecidos; de manera que los servicios prestados por Canning en 1823 á la causa de la independencia de las colonias españolas quedaban recompensados con creces.

Habiendo seguido floreciente el tráfico entre los puertos europeos é hispanoamericanos, impúsose como necesidad imperiosa una comunicación rápida que acortara la distancia de ambos continentes; lo cual indujo á una asociación de capitales ingleses á formar una Compañía poderosa—la *Royal West India Mail Steam Packet Company*—para establecer, como en efecto se hizo, una línea regular de vapores mercantes entre Southampton y algunos puertos orientales de la América tropical.

Las experiencias verificadas por vía de ensayo resultaron satisfactorias; además, los viajes sucesivos de los vapores mercantes de la empresa no sólo acrecentaron las utilidades de ésta sino que demostraron de modo evidente que podía ensancharse el negocio sin temor á fracasos; en tal virtud el itinerario logró extenderse hasta el Istmo. Consecuencia de esta nueva reforma trascendental fue la llegada en 1844 al puerto de Chagres del primer buque de vapor que despertó aquella espléndida y ardiente naturaleza á la vida bulliciosa de la civilización.

El suceso, como es natural en casos de esta naturaleza, produjo curiosidad y asombro en los vecinos del puerto, los cuales corrieron á la playa para contemplar el buque de vapor que por vez primera veían sus ojos ávidos de emociones. Al anclar la nave en el fondeadero que había señalado el práctico, se apoderó de aquellos pobladores una animación y entusiasmo indescriptibles; de tal manera, que el Capitán del buque tuvo la galantería de convidar á los vecinos notables del puerto para que visitarán la nave; algunos, con la primera autoridad política del pueblo, aceptaron la oferta y pasaron á bordo; pero otros tuvieron miedo de embarcarse por temor de que reventaran las calderas y los cocieran, aunque admiraban que la nave pudiera andar sin velas.

Algo semejante había sucedido en los Estados Unidos cuando el 11 de Agosto de 1807 botaba Fulton al agua el buque de vapor *Clermont*.

Al principio fue objeto de la befa de todo el mundo, y cuando el buque estuvo listo, con el fuego encendido á punto de marchar, y Fulton pasó á bordo, levantóse en todo el ámbito una risotada; pero apenas vieron los millares de espectadores que el buque obedecía al piloto y maniobraba y marchaba en todas direc-

ciones, se cambió súbitamente la mofa en entusiasmo." (1)

Los resultados satisfactorios obtenidos por la *Royal West India Mail Steam Packet Company* fue un aliciente ó estímulo para que otra empresa de navegación extendiera también su itinerario al Istmo; por eso en 1845 la *Pacific Steam Navigation Company* estableció vapores mensuales entre Panamá y Valparaíso, conectando esta línea á Chile, el Perú, Ecuador y Colombia; de manera que la ciudad de Panamá en el Pacífico, y el pueblo de Chagres, en el Atlántico, vinieron á servir de intermediarios ó lazo de unión entre los principales puertos de Europa y de la América Meridional.

Desde entonces comenzó el renacimiento económico del Istmo; pues en los vapores llegados cada mes á Panamá y á Chagres venían inmensos pasajeros de tránsito, metales preciosos, mercaderías, productos naturales de las repúblicas del Sur y correspondencia; lo cual era transportado de un océano á otro con la mayor rapidez posible en los lomos de mulas y en las espaldas de arrieros, por tierra; en canoas y en botes, por el río Chagres.

Como es natural en toda obra rudimentaria, máxime cuando se cuenta con medios de locomoción deficientes, existía al principio cierto desorden en la provisión de bagajes y transportes para el viaje terrestre y fluvial al través del territorio istmiano; pero á todo se le fue poniendo remedio: con el aumento del tráfico establecieronse más posadas en la ruta de Panamá á Chagres; la Compañía de vapores del Atlántico construyó á su turno en Cruces un buen almacén de manipostería para guardar los caudales que de la América del Sur pasaban para Inglaterra; quitáronse varias de las empalizadas que obstruían la navegación en el Chagres; y las brigadas de mulas no dejaron después nada que desear. Sin embargo á principio de 1848 el tráfico estaba algo decaído.

II.

El progreso material, por su naturaleza tiende á la universalidad; pues, en síntesis, él no es sino el resultado que surge de una gran combinación de intereses particulares unidos por solidaridad necesaria y por espíritu de conservación.

Así como la naturaleza trabaja en virtud de la ley biológica de las transformaciones, la humanidad trabaja sometida á la ley sociológica de la necesidad; de manera que las evoluciones que se cumplen, los hechos á veces hasta brutales, que se suceden con marcha vertiginosa al través del espacio y del tiempo, son simples manifestaciones de esa necesidad.

En el escenario del mundo cada hombre y cada país desempeñan su papel y contribuyen con su buena ó mala suerte á que el carro de la civilización no detenga su marcha providencial. Juicio es lo que se necesita para no retardarla ni con los valladares de ideas retrógradas, ni precipitarla tampoco al abismo de progresos ficticios; pues éstos suelen ser el disfraz de encubiertas ambiciones, generadoras á su turno de la ruina de las sociedades y del descrédito de los gobernantes. En ciertas materias tan peligroso es torcer á la derecha como á la izquierda.

Pueden los pueblos permanecer aparentemente estacionarios ó estarlo en realidad por años, tal vez por siglos; mas una circunstancia cualquiera basta para sacarlos del letargo en que yacen, para despertar su carácter; para activar sus energías adormecidas.

En virtud del tratado Guadalupe Hidalgo que puso término á la guerra entre los Estados Unidos y México, esta última nación cedió á la primera los territorios de Tejas hasta el río Bravo, Nuevo México y Alta California. Total: 96,000 leguas cuadradas.

Los Estados Unidos dieron á su vez, por vía de indemnización \$15,000,000 en oro, pagaron las reclamaciones pendientes de ciudadanos norteamericanos contra el Gobierno de México, que ascendían á \$3,250,000 y contrajeron además la obligación de defender las fronteras contra los indios salvajes.

El notable estadista é historiador norteamericano Henry Clay juzga el atentado cometido por los Estados Unidos á la nacionalidad mexicana, con estas palabras textuales: "Hay crímenes que por su enormidad rayan en lo sublime; la toma de Tejas por nuestros compatriotas tiene derecho á ese honor. Los tiempos modernos no ofrecen ejemplo de rapiña cometida por particulares en tan grande escala."

A raíz de todos estos sucesos, que fueron consecuencia lógica de la anarquía habitual y de las revoluciones periódicas que ensangrentaron la patria de Morelos é Hidalgo, adquirió California una importancia inmensa con el descubrimiento de riquísimas minas de oro en su territorio; lo cual unido á la llegada continua de inmigrantes en busca del codiciado metal y á la obligación de extirpar con mano férrea el bandalaje que se había vuelto endémico allí desde la época de la dominación mexicana hasta entonces, hizo abrir los ojos al pueblo de los Estados Unidos sobre la necesidad imperiosa de facilitar lo más pronto posible una comunicación rápida al través del Istmo de Panamá, por ser esta ruta la más fácil, corta y segura entonces, con las nuevas é importantes posesiones recién adquiridas en la costa del Pacífico.

Previóse, además, que con el andar del tiempo esas posesiones tendrían una importancia inmensa, puesto que iban á ser el teatro de gigantescas empresas en donde el genio americano había de dar pruebas de su indomable tenacidad, su pasmosa energía é inagotables recursos.

A fin, pues, de ir poniendo en práctica estas ideas; es decir, de transformarlas en hechos positivos al hacerlas pasar de la potencia al acto, el Congreso norteamericano expidió á mediados de 1848 un decreto, por el cual se autorizaba al Gobierno de la Unión para celebrar contratos que tuvieran por objeto establecer líneas de buques de vapor que se correspondieran entre sí por el Istmo. Acto continuo se fundaron dos compañías de navegación marítima: la una estableció su línea de vapores, de Nueva York y de Nueva Orleans al puerto de Chagres en el Atlántico; la otra, desde Panamá á la Alta California y al Oregón, en el Pacífico. Don Jorge Law tomó á su cargo la línea del Atlántico; el Coronel Guillermo H. Aspinwall, la del Pacífico.

La primera oleada humana que cen destino para California pasó de tránsito por el Istmo llegó á Chagres en el *Falcón* el 26 de Diciembre de 1848.

Fue este el primer vapor de la línea americana que inició la carrera; trajo en el viaje 160 pasajeros y 100 toneladas de carga; entre los primeros al General Smith, Gobernador de California, su familia y Estado Mayor.

En Enero de 1849 el vapor *California* llegaba á su turno al puerto de Panamá para transportar por el lado del Pacífico los pasajeros que iban en pos de los placeres de oro descubiertos en Sacramento.

Los medios de locomoción entonces no daban abasto al tráfico enorme que existía. Se navegaba el Chagres, como bien se sabe, hasta Gorgona y Cruces en canoas ó en botes grandes; y de estas dos poblaciones á Panamá se caminaba por tierra. En el viaje fluvial se gastaban tres días; en el terrestre, uno, poco más ó menos. Solo había un vapor mensual que hacía el viaje marítimo de San Francisco á Panamá; por tanto, no es de sorprender que á mediados de 1849 hubiese en la ciudad de Panamá cerca de 5,000 pasajeros aguardando vapor; y eso que esta multitud no era sino el primer oleaje de la inmensa marea de aventureros que

había invadido las playas del Istmo para llegar cuanto antes á California.

Cada vapor que anclaba en Chagres traía á su bordo centenares de hombres, agujoneados todos por un mismo deseo: el de adquirir fortuna y tener conocimientos en la minería.

"La sed de oro—dice Diego Mendoza Pérez—la ambición de mejorar la suerte de improviso, la codicia, el espíritu de aventura, todo contribuyó á ver en los aluviones recién descubiertos un nuevo el Dorado."

En California surgieron de improviso, como por conjuro mágico, populosas ciudades y encantadoras aldeas. El Istmo, en virtud de su especial situación geográfica y debido á los sorprendentes efectos que produjo el tráfico por su territorio durante el inolvidable período de 1849 á 1855 participó también de aquella prosperidad.

Tal vez no hay lugar—con excepción de California—en donde el cambio fuera tan repentino como en Panamá: así el amor al trabajo adquirió fuerzas antes desconocidas; nuevas industrias se establecieron con general aplauso; fundáronse cajas de ahorro; edificios viejos ó que amenazaban ruina eran refeccionados pronto; la construcción de nuevas casas se sucedía con rapidez vertiginosa; reparábanse los caminos; establecieronse chaumpanes para la navegación del Chagres; abriábase al público por todos los puntos de la ciudad soberbios almacenes, suntuosos hoteles y modestas fondas; la demanda de trajadores era continua; hacíanse inagotables pedidos de provisiones y comprábanse por centenas las bestias de carga; lo cual dió un gran impulso á la agricultura, á las crías y al comercio.

Las principales poblaciones del Istmo se encargaron de suministrar animales de carga, víveres y demás artículos de subsistencia, amén de los de uso doméstico, para la población fija y transeunte. La Chorrera, por ejemplo, mandaba sus bollos y su *tusajo de mucito*, Chepo sus plátanos y sus zandías. Antón su panela de coco y su *bienmesabe*, Taboga sus piñas y sus nisperos, Chagres sus variadas especies de bananos, La Villa de los Santos sus quesos y tinajas, David sus granos, mulas y su ganado vacuno y lanar, Las Tablas sus cerdos y gallinas, Penonomé sus escobas, sus *sombreros orejunos*, sus jabas y esterillas, Otoque sus legumbres y chirimoyas.

Los bogas se multiplicaron; ganaban mucho dinero, pero trabajaban también con exceso. En efecto, no podían ejecutar labor más recia que la de subir á pulso por el río cuanto pasaba del Atlántico al Pacífico y viceversa.

Lo mismo sucedía con los arrieros. Los que se ganaban el sustento en los caminos de Panamá á Gorgona y á Cruces, aun perteneciendo muchos á las familias más acomodadas del país, se sometían á grandes y continuas penalidades pasando días y noches á la intemperie; y los que no eran bogas ni arrieros porque no poseían ni canoa, ni bote, ni chingo, ni bongo, ni mula, ni burro, ni macho, ni caballo, se transformaban, para ganarse la vida, en bestias de carga y como tales se echaban á cuestras los bultos ó las personas que no podían llevar los cuadrúpedos. Lo curioso es que muchos viajeros preferían venir en las espaldas de seres racionales—por lo general los individuos que servían de cargeros eran negros isleños, del Darién y de las riberas de Bayano—que en los lomos de las mulas, machos ó caballos. Y muy á menudo sucedía que llegaban primero á Panamá con procedencia de Cruces y de Gorgona ó viceversa los cargueros bípedos que los cuadrúpedos. (1).

ENRIQUE J. ARCE.

(Continuará).

(1). Los cargueros pedían \$10. por llevar á cada hombre, \$7. á las mujeres y \$5. á los niños.

(1) Otto von Leixner, NUESTRO SIGLO, pag. 124.

# Panamá en el Exterior



ALBERTO MEINHOLD

EL movimiento independentista del 3 de Noviembre que dió origen á la República, despertó vivas simpatías en el exterior y nos captó buenos amigos en todos los países. Dos de éstos son los señores don Guillermo F. Villaverde y don Alberto Meinhold cuyos retratos publicamos en el presente número con viva satisfacción.

Español el primero y chileno el segundo, son ambas personas de distinguida posición social y sus buenos deseos en favor del Istmo les han merecido del Supremo Gobierno la designación de Cónsules de nuestra Patria en Cádiz y Santiago de Chile. Lugares en que residen respectivamente.

EL HERALDO DEL ISTMO, que vino á la vida con la República y cuyo patriotismo no admite



GUILLERMO F. VILLAVERDE

dudas, se complace en presentar esta débil muestra de agradecimiento á los caballeros mencionados, que saben honrar y hacer respetar el nombre de Panamá en el extranjero.

## EL DESEO

(DEL FRANCÉS).



MONSIEUR Charbonnel, comisionista en París de la casa X. X. & C<sup>o</sup> de Reims, se casó á la edad de cincuenta años con Clemencia Robert hija de uno de sus clientes. La juventud, las encarnadas mejillas y los cabellos blondos de aquella mujer le habian seducido.

Apenas se hubo casado conceptuóse feliz. Clemencia hizo de la triste habitación del célibe un interior confortable, llenándola de su gracia y de su alegría, de movimiento y de belleza. Advierte que Charbonnel es un tanto viejo para ella, y sin embargo le ama con ternura. Asimilábanse los gustos de los dos esposos:

amaban la buena mesa; jugaban á las cartas en amoroso conjunto, inclinadas las cabezas que se tocaban y ella posaba su brazo sobre los hombros de su marido; iban á conciertos, al circo, leían. En fin, á pesar de la diferencia de edades, Clemencia estaba siempre dispuesta á llenar sus deberes y los llenaba con placer, bien que jamás tenía exigencias espontáneas, lo cual embarazaba en ocasiones á Charbonnel.

Más de un año tenían de casados cuando Clemencia, ruborizada, hizo á su esposo una confidencia inesperada. Avisada por ciertos síntomas habia ido á consultarle á un antiguo amigo de su padre, el doctor Tiercelin, médico que dirigía el establecimiento hidroterápico

de la Rue Saint Georges, Tiercelin, después de haberla examinado la dijo, golpeándola la mejilla.

—Mi Clemencia: vuelve á tu casa y dí á tu marido que ha acertado. Estás en cinta hace dos meses.

Esta nueva que Charbonnel no imaginaba, le llenó de contento y de orgullo. Pero Clemencia muy pronto enturbió la armonía del hogar. Al cuarto mes de embarazo siente moverse el fruto de su amor, y aquél carácter festivo y alegre de la joven se alteró. Volvióse caprichosa y pasaba bruscamente de la risa al llanto, de la charla febril al silencio; los platos que eran de su mejor agrado, ahora la repugnaban; prefería á la; fantasías fúlgidas aquellas opacas. Era presa de melancolías que durante una semana la tenían en la alcoba, silenciosa é inmóvil. De pronto se agita, habla, quiere salir, marchar, ir á espectáculos.

Charbonnel, sumiso, se prestaba á todos sus caprichos y se decía: Vaya! eso pasará; y después de todo, es por Francisco.

(Era cosa convenida entre los dos esposos que el niño, que sería varón, se llamaría Francisco).

Una tarde, en Diciembre, Charbonnel entró á su casa de vuelta de un paseo cotidiano y dijo á su esposa!

—Después de la comida te arreglarás porque iremos á ver á Jams-Jams, el hombre de los papagayos. Parece que el atractivo es extraordinario.

Clemencia batió palmas. Estaba de buen humor, alegre y amable como antes de su embarazo. Por otra parte, tenía curiosidad de ver á Jams-Jams, cuyo retrato iluminado, en

vestido, de malla negro, sentado sobre la barra de un trapezio, los brazos extendidos y los papagayos, cubría de muchos ejemplares los muros de París. Afortunadamente, se le decía, habia alcanzado los favores de una matrona inglesa que le sostenia y le habia seguido á París.

Aquella noche tuvo como las anteriores éxito feliz, éxito de taurino. Su bella fisonomía, sus abundantes cabellos negros, simétricamente divididos sobre su frente y su vestido de malla en que se pintaba un busto soberbio y brazos y pantorrillas de estatua, le hacían interesante á las hijas de Eva quienes le aplaudían con ojos brillantes, ansiosas y con tanto calor que rompían los guantes, sobre todo cuando el gallardo hacia la bandera á los frisos del circo; inmóvil y con los papagayos sobre el cuerpo: uno en la cabeza, dos en los hombros, dos en los puños y dos en la extremidad de los pies.

Entrados que hubieron á la casa los dos esposos, Charbonnel preguntó á Clemencia:

—¿Estás contenta?

Ella respondió con sequedad:

—Sí, bastante.

Y no pudo obtener una palabra más de su esposa que se atafó y nuevamente cayó en sus negros humores. Entristecíase su corazón, mas resignado pensaba: tengamos paciencia, la causa es Francisco.

Al día siguiente Clemencia se levantó apacible y risueña; se vistió cantando; quiso ponerle la corbata al marido y al hacerlo le abrazó; preparó ella misma una crema para el desayuno que á Charbonnel le complacía y cuando éste se disponía á salir á sus labores, aquella le envuelve una bufanda de punto, diciéndole que hacia un frío mordiente y que no quería que su hombrerito se resfriara. Ya en la calle el comisionista, dirige la vista al balcón y en este advierte reclinada á su esposa que en gracioso coquetismo le envía besos.

Ese contento duró todo el día y las primeras horas de la noche hasta el momento en que se encontraron en el lecho común. Allí Clemencia tomó entre sus manos pequeñas la gruesa cabeza gris de su marido y le dijo:

—Tengo alguna cosa que pedirte, mi querido.

Charbonnel con el corazón rebozante de alegría respondióla:

—Todo lo que quieras, gatita mía.

—Es... es... ¡difícil decirte!

—¡Vaya! no seas tonta, dí.

—Déjame, pues, apagar la luz; no me atrevería si veo claro.

La luz se apaga. Clemencia continuó:

—¿Te acuerdas bien de Jams-Jams el hombre de los papagayos?

—Sí, ¿y qué...? ¿Quieres volver á verlo?

—No... es decir... sí. Pero no en el circo.

Charbonnel rio.

—¿No podemos hacerle una visita?

Clemencia replicó enérgicamente:

—No quiero que rías. Es cosa seria. Tengo un deseo, pero que deseo. Si tú no me concedes lo que quiero, tu mujercita morirá y de consiguiente bebé también.

Charbonnel abrazó tiernamente á Clemencia, la besó y la dijo:

—Haré todo lo posible por complacerte, mi gatita. Tú sabes bien... pero explícate.

Cerca, muy cerca del oído de su marido Clemencia balbuceó:

—Querría ver á ese señor... desnudo. Y bajó la cabeza hasta el cuello de su marido que, admirado, exclamó:

—¡Desnudo! Tú estás loca! ¿Qué es lo que quieres decir? ¿Verlo en malla como el otro día?

—No, replicó Clemencia, con voz firme, sin malla, sin nada.

—¡Completamente desnudo, entónces?

Clemencia repitió secamente:

—Sí, completamente desnudo.

Y en momento ségundo añadió con desparpajo:

—Oye: es preciso que yo vea á ese señor porque es en obsequio de Francisco. Ayer cuando apareció en el circo, así del todo negro, me emocioné tanto que bebé se rebulló como para indi-

carne que no estaba contento. Después surge siempre delante de mí, en malla, una silueta negra. Si no quieres acceder tendrás un niño negro, muy negro, peor que un negro; mientras que si veo que Jams-Jams es como otros, blanco, buen mozo... eh! bien!... Francisco será blanco, bello... He aquí todo.

En vano Charbonnel, estupefacto, trató de convencer á su mujer que exigía una cosa insensata é inconveniente. Ahora, si él consentía, faltaba, necesariamente, el asentimiento de Jams-Jams, quien creería por cierto que tendría que habérselas con locos cuando se le pidiera se mostrase desnudo en presencia de una señora. En vano Charbonnel se indigna, razona, amenaza. Clemencia obstinada en su deseo repetía:

—Quiero verle desnudo.

Acabó por tener una alteración de nervios terrible. Grita, llora, delira. El comisionista para calmarla, no encontró otro medio que el de prometerla acceder á su petición. Fatigada Clemencia se durmió.

Charbonnel esperaba que cuando la luz del sol iluminara el nuevo día la pasión habría pasado. Pero, Clemencia al despertarse le dijo seriamente:

¡Recuerdas lo que me has prometido? Irás, pues, en seguida á casa de Jams-Jams, de lo contrario tendrás una crisis... y daría á luz un niño muerto. Conque...

Charbonnel no resistió más. Se dejó vestir, peinar, y salió con esta advertencia de su esposa:

—¡Dáte prisa! No te daré desayuno si no me traes contigo la respuesta.

Una hora después volvía.

—¿Y bien? preguntó Clemencia que le aguardaba en la puerta.

El contestó:

—No he estado en casa del señor... por que él me habría puesto puertas afuera. Fui al establecimiento hidroterápico de Tiercelin; le he consultado el caso, y me ha dicho que, realmente, en tu situación es menester no contrariarte.

Bravo! ves...?

—No me interrumpas. A pesar de la buena voluntad que me asiste en complacerte, precisaba rehusar tu pretensión, salvo una circunstancia providencial, porque, tú comprendes, nunca habría permitido que Jams-Jams, un jugador de circo, un hazme reir, un payaso, conociese tu extraño deseo. ¡Oh, nó! La circunstancia providencial, héla aquí: Jams-Jams toma todas las mañanas, á las diez, un baño de ducha en casa del Dr. Tiercelin, baño que el mismo Tiercelin le da. Iremos mañana al establecimiento hidroterápico, antes de esa hora. Tiercelin te ocultará cerca de la piscina en una celda cerrada por una cortina y que comunica con su gabinete. Satisfarás, pues, tu capricho, apartando un poco la cortina. Si así te es igual, no hablemos más de esta inmoralidad.

Con besos y abrazos de amor dijo Clemencia:

—¡Te adoro, cuanto te adoro!

En todo el curso del día Clemencia manifestó una sumisión tierna. Cuanto á Charbonnel, estuvo grave, digno y su semblante reflejaba la palidez de la tristeza. Tal sucede al hombre cuando, por amor, realiza un duro sacrificio.

Al siguiente día practicaron las cosas conforme lo convenido entre el médico y el comisionista, de tal manera que el amor propio de éste no se hiriese ni tampoco el pudor de su mujer.

A las nueve y media llegaron los Charbonnel á casa de Tiercelin que les mostró las instalaciones detenidamente y luego les dijo:

—A las diez debo dar un baño á uno de mis clientes. ¿Tendrán ustedes la amabilidad de esperarme un momento en mi gabinete?

Les condujo allí.

Una puerta se abrió sobre un cuartito sombrío, separado de la sala de duchas por una cortina, por entre cuyas franjas se veía distintamente la piscina sin ser visto. Clemencia gozosa, se situó á la izquierda de la cortina y Charbonnel colocó la cabeza al lado derecho. Tenía éste la idea temerosa de que la curiosidad de su mujer sería menos indecente si él veía simultáneamente lo que ella viera.

Antes de mucho entró un hombre vestido con un peinador. Era Jams-Jams. Conversó con el doctor entretanto que éste arreglaba el aparato; luego quitóse el peinador, lo dió á un muchacho, y comprimiéndose con las manos los riñones y el abultado pecho, recibió el agua fría.

Charbonnel, detrás de la cortina, miraba la operación interesado á su pesar. El gimnasta le pareció vigorosamente formado, más ancho de lo que se le hubiese creído bajo su vestido de malla. El tórax, brazos y piernas los tenía cubiertos de pelos.

La ducha sólo duró segundos. El comisionista al abandonar su puesto notó que su esposa no estaba en el cuarto.

Ella había abierto la puerta del fondo y pasado al gabinete.

Allí la encontró Charbonnel sentada en un canapé y pensativa.

—Bien, dijo, no sin amargura: ¿estás contenta? ¿has visto lo que querías ver?

Clemencia movió la cabeza.

—¡Oh! poco rato. Apenas ese señor soltó su peinador, salí.

Charbonnel preguntóla:

—¿Por qué?

Ella hizo un gesto y agregó:

—¡Qué feo! demasiado velludo; y tiene el aspecto de un mono...! Pensé en bebé y me dije: ¡Si bebé fuera así...! Dejé caer la cortina y vine á refugiarme aquí, en tanto que tú, tú continuabas mirando. ¡Comprende, yo no quiero que Francisco se parezca á un mono!

Y poco después...

¡Prefiero que se parezca á un negro!

MANUEL PATIÑO.

Ruben Darío en su *Marcha triunfal*, ha empleado el eneasílabo con acento en la segunda y quinta, el eneasílabo clásico, mezclándolo con exasílabos y distribuyendo á capricho la rima, con un efecto sorprendente:

*Ya viene el cortejo*

*Ya viene el cortejo. Ya se oyen los clarines*  
(clarines)

*La espada se anuncia con vivo reflejo.*

*Ya viene, oro y hierro el cortejo de los*  
(paladines).

La estancia, atendiendo solamente al ritmo, podría formarse así:

*Ya viene el cortejo.*

*Ya viene el cortejo; ya se oyen*

*Los clarines clarines; la espada*

*Se anuncia con vivo reflejo,*

*Ya viene oro y hierro el cortejo*

*De los paladines.*

Es una simple combinación de anfibracos. Pero el ritmo no se mantiene en toda la composición; de pronto se interpone un verso que no presenta más acentos que el de la segunda sílaba: *Solemn de los estandartes* ú otro del mismo género.

Todos los versos, desde el tetrasílabo, hasta el octosílabo pueden ser simples ó compuestos, puedan estar ó no formados por hemistiquios, que á su vez sean versos completos. Con las combinaciones de estos últimos, un versificador de buen gusto y de talento, conseguirá producir armonías nuevas y deliciosas que darán á sus poemas inesperado encanto. Los versos inflexibles, los acompasados, se dulcifican y se rejuvenecen, cuando los acompañan en la estrofa los ágiles y libre versos nuevos y entonces se alcanza á comprender que el ritmo no es una condición esencial como se ha supuesto y que puede ser reemplazado con la cadencia particular de cada verso y con la armonía que existe entre todos los miembros análogos de una serie.

El *decasílabo*, con acento en tercera y sexta, es la única adquisición métrica moderna, afirma Don Eduardo Benot: tres anapestos, solos ó con una cesura final; pero con hemistiquios iguales ó diferentes, se forman decasílabos armoniosos, muy superiores á los del monótono anapéstico puro.

El *endecasílabo* ha parecido siempre refractario á toda tentativa de reforma. No ha salido jamás de las tres clases constituidas por los de acento en 6ª, y 10ª, en 4ª, 8ª, y 10ª y en 1ª, 4ª, 7ª, y 10ª. Todas las variedades, desde las ocho que enumeraba Rengifo hace trescientos años y la que ha recibido el nombre de *sáfico*, tenían que amoldarse á alguno de los tipos fundamentales, sin que las diferencias fueran más allá de los acentos accesorios. Ninguna innovación en su cadencia resultaba feliz, y lo único que podía hacerse y se ha hecho, es separar el acento fundamental del acento prosódico, lo que obliga á descomponer las palabras para conservar la armonía, en cuyo caso no hay reforma, ó á suprimir la armonía para conservar la palabra, en cuyo caso no hay verso. La razón está en que el número usual de sílabas no implica semejanza de ritmo y la armonía no se produce por la acentuación falsa, sino por la mezcla de acentuaciones diferentes, como lo prueba el sonoro dácilo que no forma estrofa con los endecasílabos comunes, sin dejar por eso de ser un hermoso verso. No es de creer que prosperen estas innovaciones, y solo un excepcional dominio de la música verbal en ciertos poetas, ha podido hacerlas distinguir de las deficiencias de oído de otros versificadores.

El *dodecasílabo*, no formado sólo por anfibracos (que es el que antiguamente se designaba con el nombre de *verso de arte mayor*) es uno de los más deliciosos, más variados y más ricos que tenga la versificación castellana; pero justamente el menos agradable es el típico, el anfibráquico puro. Cualquiera otra combinación es superior; por ejemplo, la de dos exasílabos de ritmos diferentes ó un heptasílabo con un pentasílabo ó un octosílabo con un tetrasílabo.

## LA LEY DEL RITMO

(Concluye)

### IV

De lo dicho se deduce que no debe aceptarse como inconcuso el principio de que los versos castellanos están compuestos de pies disílabos como pretendía Hermosilla, ni de disílabos como piensan Bello y sus continuadores, porque pueden formar combinaciones gratas al oído y no contrarias á ley alguna, dos ó más versos menores distintos, cada uno de los cuales solo tiene acento necesario en la penúltima sílaba. Tal es el fundamento del moderno *verso libre* y es ésta la primera vez, si no nos engañamos, que se explica su naturaleza y su razón de existencia. Después expondremos la ley á que obedecen.

Lo mismo puede afirmarse de los eneasílabos, los decasílabos, los endecasílabos, los versos de arte mayor, los de trece sílabas y los alexandrinos, aunque parezca aventurado cuando se trata de versos que tienen, por lo menos, dos acentos necesarios.

El *eneasílabo* ha sido, durante largo tiempo, considerado inarmónico y aún rechazado de la métrica. Con él, sin embargo, se puede componer poesías de música deliciosa, cuando está formado por un pentasílabo y un tetrasílabo.

*Era la dulce Primavera*

O por un anapesto y dos anfibracos:

*Juventud, divino tesoro...*

Ningun tratadista elogia los versos de *trece* ni los de *quince* sílabas. Pueden producir, sin embargo, excelentes onomatopeyas, y mezclados con otros de medida diferente, combinaciones nuevas y de buen efecto.

El alejandrino ha permanecido cristalizado desde los tiempos de Gonzalo de Berceo. La *quaderna vía* no ha admitido, salvo por excepción, en seiscientos años, otra variante que la de convertir en dirrimo el monorrino. El primero que flexibilizó este verso admirable y lo hizo apto para toda la lírica, fué Rubén Darío, el mayor de los innovadores contemporáneos en la métrica española. Los alejandrinos del ilustre poeta son los más musicales, los más ágiles, los más sonoros que existan en lengua castellana. Rompiendo el molde clásico, los formó con heptasílabos de todos los ritmos; no respetó la pausa del hemistiquio cuando hacía daño á la fluidez de la frase que encerraba un pensamiento completo; no reconoció la necesidad de la disonancia entre las últimas sílabas de ambas fracciones del verso; no aceptó la eficacia de las pausas finales ni el ritmo de la estrofa, que limita, con arreglo á los patrones conocidos, las combinaciones del alejandrino con los demás metros. Y todo ésto, que según la lógica clásica, debería producir monstruos—*ut nec pes nec caput reddatur formae uni*...—ha creado la incomparable armonía del *Coloquio de los Centauros*. Más tarde, con los *Cantos de vida y de esperanza*, Rubén Darío quema el libro de los preceptos en una plaza pública, como Lutero la bula de León X.

La misma ley que preside la marcha cadenciosa del verso, domina en la serie, y es singular que ningún tratadista haya hecho hasta hoy otra cosa que consignar el número de combinaciones empleadas por los poetas, y señalar, con más ó menos acierto, las que se adaptan mejor á cada género de poesía; pero indicando siempre, muy someramente, que el endecasílabo suena bien con el pentasílabo y el octosílabo con el tetrasílabo. ¿En virtud de qué principio? Ninguno lo expone.

La regla para el uso del *pie quebrado*, ha tenido origen en la comprobación de algunos hechos, no en un principio general.

Es falso que el endecasílabo suene bien con el heptasílabo. Son dos clases de endecasílabos los que suenan bien; eso es todo. El dactílico, por ejemplo, no lo acepta:

*Viéronla tropas de faunos saltar'es  
Bajar de la montaña*

sería un ritmo inaceptable; y en cambio no lo sería este otro:

*Viéronla tropas de faunos saltantes  
Sobre la yerba*

porque el pentasílabo puede ser quebrado de endecasílabo dactílico. Y tampoco lo sería éste:

*Viéronla tropas de faunos saltantes  
Sobre las cumbres del Pindo*

porque el octasílabo es un quebrado del endecasílabo dactílico.

Repitiéndose el *pie quebrado* la armonía sigue siendo agradable; podemos comprobarlo con un endecasílabo común:

*Ha despertado la conciencia mía*

El primer quebrado es: *ha despertado*, pentasílabo

—Ha despertado la conciencia mía  
La misteriosa...

—Ha despertado la conciencia mía  
La misteriosa noche serena

Una estrofa cuyo primer verso fuera, por ejemplo un endecasílabo, podría resultar así:

Endecasílabo con acento en la cuarta.  
Decasílabo formado con dos pentasílabos.  
Endecasílabo con acento en la cuarta  
Decasílabo formado con dos pentasílabos.

Esta combinación sería armoniosa, agradable y completamente nueva, aunque faltaría á la regla clásica con la supresión de la pausa final, reemplazada con una breve pausa de hemistiquio.

No es ménos falso que los versos de sílabas pares lleven acentos en los impares y al contrario. El eneasílabo tiene uno necesario en la quinta; el decasílabo *tipo* (el anapéstico) en la sexta y el dodecasílabo en segunda y octava; en cuanto á los versos menores, sus acentos prominentes, fuera del necesario, lo mismo caen en sílabas pares que en impares.

*Y dos ginetes cruzando, en 4º*

*A caballo un olivar, en 3º*

*Arive el seso y despierte, en 4º*

Así los tratados están llenos de preceptos erróneos o contradictorios, resultado de observaciones deficientes y de falta de principios generales; se basan casi siempre en la autoridad y acojen, con grandes reservas, todo lo que importa empujar los límites de un arte que tiene delante de sí muy grande espacio que conquistar todavía.

V

En resumen, todas las teorías sobre el mecanismo del verso, presentadas hasta hoy, pueden reducirse á tres y formularse así:

*El verso es una parte del discurso medida por sílabas largas y breves.*

*El verso es el conjunto de pies métricos acentuados de dos ó tres sílabas cada uno.*

*El verso es un grupo determinado de sílabas, con acentos fijos.*

Con la primera de estas teorías el ritmo depende de la duración de las sílabas solamente. Ha sido rechazada por repugnante á la índole de nuestra lengua.

Con la segunda no hay otros versos que los que se dividen simétricamente en pequeñas fracciones produciendo un compás inconfundible. Sirve para crear una clase que sus partidarios llaman de *versos tipos*, pero que son precisamente lo contrario, porque se diferencian del mayor número.

Con la tercera—esencialmente empírica, pues se reduce á convertir en reglas las observaciones de los casos particulares—se hace versos sin saber por qué y casi sin saber cómo.

Esta última es la que reina actualmente; pero debe ser reemplazada con otra que dé una base y una ley común á las combinaciones musicales de las sílabas y de los versos, usadas hasta el día y á las que aparezcan en lo sucesivo. Tal será el asunto de un nuevo estudio.

RICARDO JAIMES FREYRES.

NOTAS

Más allá de las nubes

Efrén Rebollo nos envía desde Guatemala uno de los cien ejemplares de su folletito *Más allá de las nubes*, relato de una ascensión al volcán de agua, el terrible destructor de la antigua Guatemala. La imaginación vivaz y el talento notable del joven poeta mexicano han bordado su narración de bellas figuras de retórica, y de coloridas descripciones, haciéndonos seguirlo con el pensamiento en su viaje hasta *más allá de las nubes*.

Agradecemos el envío al distinguido compañero, apreciado en todo su mérito en la Redacción de esta Revista.

Buen viaje

Para Bogotá ha seguido, últimamente, nuestro distinguido amigo el Doctor Salomón Ponce Aguilera, literato de fama bien sentada y caba-

llero de altos merecimientos. Lo llevan á la capital de Colombia asuntos de familia y el deseo de reponer un tanto su salud muy quebrantada á causa de tenaz dolencia que por varios meses lo ha postrado. De seguro que la yueta del doctor Ponce Aguilera retardará bastante, pues en Bogotá saben apreciar su talento y sus disposiciones, y ha de encontrar allí la estimación que se merece y que nosotros no hemos sabido dispensarle. Lo sentimos más que por él por nuestra pobre patria tan escasa de hombres de verdadero valer, que la honren y ameriten. Que encuentre el buen amigo en el hogar el descanso que necesita y que no olvide que aún hay entre nosotros quienes lo aprecien sinceramente y lo recuerden con cariño.

Vicente Ferrer

En nuestra redacción hemos tenido hoy el placer de saludar al señor don Vicente Ferrer, joven pintor y competente profesor de artes gráficas, cuyos servicios han sido contratados por el señor Lasso de la Vega, Secretario de Instrucción Pública, para dictar en las escuelas de la capital las clases de dibujo y pintura á los alumnos de uno y otro sexo.

El señor Ferrer ha residido por algunos años en Cuba en donde sus trabajos de pintura han sido bien apreciados y donde ha sido colaborador artístico de *El Figaro* y algunos otros periódicos y revistas de la Habana.

Ojalá decidiera el Gobierno supremo, ahora que hay en la capital un competente profesor de pintura, establecer en uno de los departamentos del edificio en construcción para Escuela de Artes y Oficios una Academia de dibujo y pintura, cosa de más provecho que la enseñanza de estas materias en tiempo muy limitado á los alumnos de las escuelas.

Mupcial.

Esta noche unirá Himeneo con su santo lazo á la graciosa señorita Carlota García de Paredes y al estimable joven Ismael Alberto Vallarino, como en atenta escuela nos participan doña Josefina Díez viuda de García de Paredes y don Antonio Vallarino Z.

Que la Felicidad, como un angel custodio, vele siempre en el hogar del nuevo matrimonio son nuestros deseos sinceros.

Nuevos Maestros.

De España han llegado recientemente algunos maestros graduados, contratados para las escuelas del país por el Cónsul de la República en Barcelona, doctor Bernardo Vallarino, á solicitud del anterior Secretario de Instrucción Pública, nuestro distinguidísimo amigo don Nicolás Victoria J. Acertada nos parece la medida de traer maestros de primera enseñanza de la madre patria, de preferencia á maestros ingleses franceses ó alemanes, buenos para profesores de determinadas materias de enseñanza superior, ó á maestros de cualquiera de las repúblicas americanas en donde la enseñanza no alcanza al grado de perfeccionamiento que en España posee.

Se promete el señor Lasso de la Vega, Secretario actual de Instrucción Pública, según nos ha manifestado, solicitar más tarde otros maestros de acuerdo con las necesidades de las escuelas y teniendo en cuenta la escasez de personal docente, medida digna de encomio que ha de rendir beneficios al país y que desde ahora aplaudimos sin restricciones, ya que la enseñanza que hoy se dé á la generación escolar ha de ser la fuente de nuestro progreso futuro.

Nuevos cauges

Visitan nuestra Redacción las siguientes Revistas:

*La Semana*, de Caracas; *Los Lunes del Correo*, de Bogotá, y *La Escuela Moderna*, de la Habana, á las cuales corresponderá EL HERALDO DEL ISTMO oportunamente.

Señores Suscritores y Agentes:

Recordamos á ustedes que con este número termina el primer trimestre del presente año.

Los que no deseen figurar como deudores morosos en los libros de la Administración, deben apresurarse á cancelar sus cuentas.

## Blanca de Varellas

NOVELA DE PASION.

De Jean de la Hire.

TRADUCCIÓN DE EVERARDO VELARDE.

## CAPITULO QUINTO.

I

Omnia vincit amor.  
VIRGILIO.

(Continuación)

era el motivo de él. Era como un ciego que gomea de una herida cuya causa le era desconocida. En vano se repetía mentalmente las malitas palabras: «*Esos son el hermano y la hermana, y duermen juntos!*» en vano se preguntaba si verdaderamente había en ello algo de malo para ser así tan atrozmente torturada. No encontraba ninguna respuesta, y su dolor se aumentaba con la desesperación de ignorar la fuente directa de su mal. Enseguida se acordó de la conducta extraña de aquella mujer en la montaña de la Massane. Lo sabía ella también?

Todo el mundo lo sabía y Blanca se decía que ella sola ignoraba todo. Cómo podían gentes extrañas conocer un parentesco que ella misma no había sospechado?... Quién lo había revelado, y cómo? Blanca se daba ahora cuenta completa del por qué de ese desprecio indigno que se extendía sobre ella y sobre Jacobo, de gentes que habrían podido ser sus sirvientes. Era, pues, un gran crimen amar á su hermano, y los preceptos del colegio tenían razón contra los libros inmortales, contra la *Biblia*!

Fué tan viva la sensación de ese doloroso pensamiento, que Blanca dejó escapar una queja que hirió el oído de Jacobo.

«El se aproximó y rodeándole el cuello con un brazo le dijo:

— Blanca, que tienes tú? ... Por qué hemos dejado el hotel tan precipitadamente?

Ella se dejó caer en sus brazos murmurando en súbito arrebató:

— Jacobo, Jacobo: se ríen de nosotros, nos desprecian, nos huyen, porque nos amamos!

Y Blanca desmayada, cayó al suelo. Jacobo solo vió entonces una cosa; su bien amada en el suelo, pálida, inmóvil. En su locura la creyó muerta.

Lanzó un rugido de león; se enderezó desmesuradamente y dirigió al cielo terribles miradas. En seguida, de golpe, se agachó, echó sobre sus hombros el cuerpo de su hermana y, como un caballo ó como un perro, instintivamente, reconoció el camino antes recorrido... En carrera loca y fantástica en la noche negra salpicada de estrellas, devoró la distancia; jadeante pasó á Collioure, subió el sendero que conducía á Baillaurry, atravesó el caserío y cayó ante la gradería del castillo, exhausto.

El viento fresco de la corrida había vuelto en sí á Blanca, pero no tan completamente que pudiese comprender en donde se hallaba: creíase transportada en un sueño prodigioso, sobre la grupa de un caballo de luz, en pleno azul, hacia el misterio de regiones desconocidas. Inerte, complacíase deliciosamente en sentir esa sensación de velocidad... Cuando Jacobo cayó sobre la hierba, abatido, Blanca adquirió más el conocimiento. La luna y las estrellas extendían sobre la tierra su luz verdosa, dando á los objetos formas y sombras caprichosas. Blanca creyó que su sueño continuaba, pero, bien pronto, sus ojos distinguieron mejor, el latido de sus sienes se calmó, y cuál no sería su sorpresa al encontrarse delante del castillo á algunos pasos de su aposento. Creyóse loca. La vista de Jacobo tendido á sus piés, desfallecido, fué una revelación: todos los sucesos del día se le aparecieron como pintados sobre un lienzo iluminado, los unos seguidos de los otros,

Mas, después de su salida de Port Vendres?... espesas nubes cubrían la extremidad del lienzo, y obstinada estaba en querer separarlas cuando una viva sensación de frescura la volvió en sí... Se levantó y se aproximó á Jacobo. Este tenía el rostro cubierto de sudor, la boca abierta, los ojos medio cerrados y, como un perro después de una larga carrera, respiraba dando sopliditos.

— Jacobo!

Abrió un poco más los ojos.

Jacobo!

El la reconoció y dulcemente le dijo:

— Blanca, yo te he creído muerta, te he cogido en peso y te he traído hasta aquí... Ah! si supieras el dolor que he experimentado... yo mismo me pregunto cómo no me he vuelto loco!

Las nubes de golpe desaparecieron y el lienzo imaginario, enteramente claro, trajo á la memoria de la niña su dolor, la pregunta llorosa de Jacobo y su propio desmayo, y sus ojos se llenaron de lágrimas de reconocimiento y de amor.

— Ah! pobre amor mío! Qué bueno eres y qué fuerte! ... No, yo no estaba muerta; no, aún estoy aquí para amarte... Jacobo, yo te amo!

Arrodillada á su lado, enjugándole el sudor de la frente con delicadezas de amante ó de madre, continuó hablándole, confortándole con explicaciones y zalamerías.

Se abrazaron. Un frasco que ella sacó del saco siempre asido á la espalda de su hermano, contenía algunas gotas de ron. Jacobo se las bebió. Ayudándose mutuamente, subieron la escalera, entraron al castillo y ganaron sus aposentos. El joven desembarazado del sac, sin pensar siquiera en desnudarse, y Blanca, cayeron los dos en una cama, en donde estrechados el uno contra la otra, durmiéronse cansados en extremo.

Al dar las siete, Blanca despertó. Había tenido un sueño agitado que le había proporcionado pesadez en las piernas y algo de jaqueca. Pensando que el aire de la mañana y una ablución de agua fresca le harían bien, corrió las cortinas de la cama, abrió la ventana y, aspirando con delicia el aire embalsamado de la montaña, púsose á arreglarse. Se desnudó completamente á fin de cambiarse de ropa, y después de haberse peinado con el celoso cuidado que siempre ponía ella en la compostura de sus cabellos, se puso un peinador que le dejaba al descubierto los brazos y el cuello, envolviéndolo con un troyel de franela blanca y un barullo de encajes la graciosa esbeltez de su cuerpo. Mientras que delante del espejo arreglábale con los dedos los pliegues de su bata arriba de la cintura y reintegraba bajo sus rizos algunas hebras rebeldes de cabello, su espíritu zumbaba á impulsos de una confusión de pensamientos, de donde no sacaba nada más que un inmenso fastidio. Los acontecimientos de la víspera le parecían muy lejanos, como si ellos se hubiesen sucedido en los primeros días de su infancia; los personajes mismos se borraban; la mujer de la alquería, el criado del hotel y los dos jóvenes de largos cabellos pasaban ante sus ojos con rasgos excesivamente vagos, sin acentuación, como esas apariciones que se tienen en los desvaríos del primer sueño. No sufría; su corazón y su espíritu estaban adormecidos, casi paralizados; sin la sacudida violenta que, en breve las reanimara, las impresiones de la víspera se habrían poco á poco momificado en un sueño letárgico, luego se habrían muerto en la noche del Pasado, en el goce amoroso del Presente y en las voluptuosas promesas del Porvenir.

Blanca volvió á cerrar la ventana, guardándose de despertar á Jacobo y pasó al comedor; tenía mucha hambre; felizmente Luisa debía tener el almuerzo preparado. Pero el comedor estaba desierto, la cocina también, y Blanca, con un movimiento de contrariedad, iba á entrar al tabuco, cuando un ligero maullido la hizo volverse.

Sobre una silla un gato erizaba el lomo. Era completamente negro, con una pequeña

mancha entre los ojos que semejaban bujías de oro encendidas en el fondo de una capilla misteriosa. Blanca cedió á un movimiento irreflexivo de miedo ó hizo un gesto pavoroso. El gato maulló de nuevo con un acento de imploración, envolviéndolo á la niña con sus miradas de fuego, seductoras y perturbadoras como un perfume oriental. Casi seducida, Blanca dió un paso hacia el gato que, al instante, saltó á tierra y vino, con *ron ron* de satisfacción, á frotarse amorosamente contra la franela tibia del peinador. Blanca se agachó y, algo vacilante aún, lo acarició con la mano; el animal comprendió entonces que había vencido, y de dos saltos se lanzó del suelo á la mesa y de la mesa al hombro izquierdo de Blanca, en donde, con la cabeza se puso á rozar el cuello de la niña, escudriñándole delicadamente en los cabellos, rodeándole con la música de su *ron ron* y la curicia voluptuosa de su vestidura de terciopelo. Blanca, poco á poco, pasó del miedo al asombro y del asombro á la alegría; con la cabeza inclinada en abandono lánguido, con una sonrisa de placer, prestábase á las zalamerías sabias del gato animándole con sus ternuras.

— Miz! Miz!

Algunos instantes después eran grandes amigos y Blanca, tomándolo en sus brazos, lo besó atolondradamente en la cabeza diciéndole:

— Ah! lindo! querido mío! tú me amas, dí, tú también?... Qué dulce! qué inteligente! Toma, miz, toma!...

Y, suavemente, Blanca pasaba su pequeña mano sonrosada por sobre la negra vestidura del gato ya tranquilo. Con los ojos medio cerrados, roncaba satisfecho de los perfumes delicados que brotaban de los vestidos y del cuerpo de la niña: complacíase cual sibarita en esa atmósfera de aristocrática voluptuosidad.

Luisa sin embargo no llegaba. Impaciente, Blanca entró en el tabuco y abrió la ventana con el fin de ver si se encontraba en el patio. En el mismo momento oyóse el ruido de una puerta que se abre vivamente; sonaron pasos en el comedor y tres golpes resonaron en la puerta del tabuco.

— Es Luisa, pensó Blanca.

Y en alta voz añadió:

— Adelante!

Una gran luz rosada inundó el tabuco. Blanca, con los pliegues nevados de su bata, los brazos y el cuello desnudos, teníase de pié recta, en el medio, con el gato sobre el hombro izquierdo. La puerta se abrió del todo y, en el rectángulo luminoso, la garnacha negra de un cura, inmóvil y tieso, apareció.

V

En la capilla, de ordinario vacía y silenciosa, de Baillaurry, una treintena de mujeres están arrodilladas orando con un ligero ruido de labios que se mueven; en la última hilera se hallan Dolores y Luisa.

Son las siete; por la puerta abierta, la gran luz de la mañana entra á torrentes, jugando con las gorras de encajes de las mujeres jóvenes, y haciendo lucir el cachemira de los grandes chales de duelo que caen en punta sobre la espalda de las viejas. Por las claraboyas del coro el sol penetra, incendiando el altar con sus rayos de oro y haciendo resplandecer la casulla negra, bordada de plata, del cura, de pié al fin de la Epístola.

Es el abate Pignol, vicario de la parroquia de Collioure; dice una misa por el restablecimiento de una mujer en peligro de muerte; la familia y las amigas, desde muy temprano, han venido á implorar á Nuestra Señora de Baillaurry por la salud de la enferma.

Joven, siempre afeitado recientemente por limpieza, pero por humildad cortados los cabellos muy cortos y los ojos fijos á la tierra, frío, magro, devorado por la fé, el abate Pignol era de esos vicarios de quienes los viejos curas dicen con natural bondad á su devota preferida: «*Qué queréis, querida señora! eso viene del seminario, es todo fuego, todo llama...*»

(Continuará).